

PRÓLOGO

EL DESAJUSTE, LO INDECIBLE, EL INSISTIR

I

Al principio hay un río, una larga escena con un río, en un río, y es una turbulenta escena inicial, quizá iniciática, en la que todo lo que tiene que ver con la vida queda puesto en juego, empezando por la vida misma, y en la que de pronto destella una inscripción, traída desde otras escenas, «luce y vuelve», que en cierto modo, no con las mismas palabras, retornará más de una vez en el libro. Nacido de un recuerdo o vaya a saber de dónde, algo así como una imagen ocurre, y al hacerse palabra desata más imágenes y/o pensamientos: algo se puso en movimiento y sigue moviéndose en las palabras del poema, reverberando. Aleatorios restos de realidades heterogéneas que repentinamente se conjugan para que se revele algo inquietante e irresoluble; ráfagas de pensamiento lanzadas a desplegarse (escribirse) sin responder a nada más que a su propio impulso haciendo que algo impensado se concrete y quede ahí, interrogándonos, abierto a ser interrogado. Ahí está la poética de Jorge Alemán, de eso está hecho *Río incurable*: irrupciones decisivas, en tanto algo, en lo que sucede en el poema, se decide, inapelable. Algo que habrá que afrontar, no para reducirlo a entendimiento o a lo que fuere sino por lo que hay de sin retorno en lo que desde ahí se irradia.

II

El amor, la muerte, la soledad, el abandono, el exilio, los exilios, los equívocos, las muertes, los desencuentros, la lucha, la amistad, las pérdidas, lo que insiste, lo incurable, la necesidad de nombrar, lo que nada borra: aquello que la palabra poética de *Río incurable* convoca o deja que, por su propia gravitación o por lo que tiene de irresuelto advenga, una y otra vez. Y un estremecimiento que quizá pueda uno llamar «lo sagrado», y una dura presencia ineludible, la del poder mortífero que el poema simboliza en la figura del Dragón, y por supuesto el río, recurrentemente un río, que bien puede ser el Plata o algún otro río con nombre y ubicación geográfica o algo que la palabra «río» evoca, suscita o alegoriza. O ambas cosas a la vez. «Literalmente y en todos los sentidos», respondió Arthur Rimbaud a la pregunta acerca de cómo debía entenderse su poesía.

III

Muy conocido, por muchos y buenos motivos, en el campo del psicoanálisis y en el de la reflexión política, Jorge Alemán no es de los que empezaron escribiendo poesía para canalizar luego esa búsqueda en otras prácticas, ni de los que de cuando en cuando cubren con la redacción de poemas los márgenes de otras tareas. Difícilmente podrían textos como los de este libro haber sido escritos si no los hubiera escrito alguien para quien la poesía

es una de las dimensiones o los horizontes de su vida, lo que, tanto o más que leer poesía o escribirla, implica un vivir atento a la irreductible realidad de las palabras y a su necesidad de concretarse en texto, en inevitable diálogo con pasiones como el psicoanálisis, lo político y vaya uno a saber cuántas más. No es cuestión de «ser poeta», esa chapa para presentarse en sociedad, sino de que algo que podemos llamar «poesía» se materialice. Escribir poesía, muchas veces, es hacer algo con la propia vida, y no sólo con lo que la vida es o ha sido sino, y sobre todo, con lo que la vida reclama, sus llamados, sus insistencias. De ahí en *Río incurable* alguna que otra marca de cierta escritura ensayística o del discurso del psicoanálisis, junto con las que vienen de lecturas y tradiciones varias que el fluir del estar viviendo arrastra y entrevera: se hace poesía con lo que se tiene. Abandonar a la corriente de la escritura eso que se tiene, como quien se pone en juego, para que la escritura viva.

IV

No se trata de la anecdótica relación entre escritura poética y biografía personal (nada que ver con las «literaturas del yo») sino de la relación entre escritura poética y lo que reclama ser dicho o escrito o ser puesto en palabra. Una subjetividad enfrentada a aquello que la solicita o emplaza, dispuesta a asumir, por la palabra, eso que la convoca y que no

sabe bien qué es: ¿qué es ese «viento obstinado» del poema II, «*que sacudía la falsedad de los parques / que hacía temblar los vestidos en los ojos perdidos / que movía a los cuerpos hacia el fondo oscuro de los trabajos / que rozaba la cintura de las mujeres sin rumbo / que trazaba una línea en la frente de los asesinos / ese viento anónimo / impersonal / anterior a toda la carne del mundo / sin nombre y sin verdad*»? Si en cierto modo es un registro de reflejos de lo vivido, más aun *Río incurable* es un hacerse cargo de lo que, se quiera o no, persiste o insiste, como si algo en eso pidiera ser escritura poética, palabra con vida propia. ¿Coincidencias con el psicoanálisis? No está aquí para ser interpretada esta escritura, está para que algo que necesitaba concretarse en palabras se concrete, no para comunicar nada sino para existir en toda su realidad y manteniendo viva la potencia que la llevó a la letra. Está para fundar con palabras algo que no existía y que el acontecimiento de la poesía, en la lectura, tenga lugar.

V

Lo que no se sabe bien qué es. *No saber* es el título de un libro de poemas que Alemán publicó en 2008. ¿No es ese no saber, ese desamparo, el territorio donde puede ocurrir la poesía? Esta poesía, al menos, sí. No saber: esa actitud básica, esa disponibilidad con que se da lugar en la palabra a algo que

se desconoce. O sí, se sabe qué es, pero no se tiene cómo decir qué es, porque no pertenece al orden de lo decible. O bien, se sabe, y por eso importa, y por eso reclama lugar, pero no se sabe qué es lo que se sabe. ¿Coincidencias, otra vez, con el psicoanálisis? Sí, pero aquí no hay nadie que tenga algo para decir, lo sepa o no, o de quien algo se esté diciendo: hay un texto que está diciéndose, haciéndose cada vez que alguien lo encara. De ningún modo se trata de algo concerniente a un sujeto –el poeta, digamos– sino de lo que cualquiera pueda ser o hacer en eso que está escrito, si acepta el juego, que no es cualquier juego. Dos maneras de ser leídos les encuentro a estos textos, no excluyentes: una inmediata y sensible, que sin fijarse mucho en las significaciones se arroja al fluir contradictorio de lo escrito, atravesada por su tensión, dejándose llevar por sus vaivenes y contrastes, mientras en alguna zona de la mente se desatan asociaciones o ecos, a la manera de una experiencia vivida. Y otra lenta, gustosa de detenerse, indagadora (no por eso racionalizadora o explicativa), que va dándole vueltas a cada frase, hurgando lo que pulula en ellas y entre ellas, conjeturando, sopesando eso que ahí asoma e impregnándose de su realidad: lo que acontece en ese trabajo o juego es inmenso.

VI

Realidades verbales a la intemperie, ante las que habrá que ver qué se hace: «Esta fractura llegó antes

que yo / es una herida que no tiene fecha/es una brecha anterior al sol que me dio en la frente parte de su tiempo ¿cómo voy a hablar de este silencio que hace callar al filósofo arrogante? / Si hasta las Iglesias / las oraciones y plegarias / se avergüenzan de la belleza naciente en el fragmento que intenta nombrarte / sin orgullo agradezco este aniversario sin edad / dedicado a todos los irreductibles que celebran en la frontera haber sido arrancados a la nada...» Sea una lectura interrogante o una lectura impresionista y porosa, o alguna que oscile entre las dos o las combine, la que piden estos poemas es siempre una lectura extrañada y abierta, respetuosa de su propia incompletud y de la irreductibilidad de lo existente, no golosa ni reclamante ni celebratoria ni devota, incluso ante esos tramos en que una vibración «religiosa», por así llamarla, carga las palabras, o se dibuja el aura de «lo sagrado». «Y en ese paso atrás ya acontecido / a lo lejos alguien reza / A lo lejos se vislumbra el Rostro». No hay motivos para renunciar a nuestra capacidad de detenernos ante eso inexplicable que a veces se presenta, en el sentido de reconocer que «ahí-hay-algo», que «algo-eso-está-diciéndonos», y reducirlo a fórmulas sería impedir que siga resonando. No hace falta ser creyente para descreer del descreimiento («los no incautos yerran», dijo Lacan); no reconocerse en liturgia alguna no es lo mismo que blindarse ante lo que uno no sabe definir. El descreimiento, esa protección contra el riesgo de la apertura de todos los senti-

dos que procuraba Rimbaud, cede lugar cuando la suficiencia del yo se deshilacha ante lo inabarcable que irrumpe cuando la poesía se lanza a extremar sus posibilidades. Llámese «sagrado» o como quiera llamárselo, es una experiencia que no encaja con la vida eficaz, ganadora, entusiasta y redituable con la que nos identifica la época, la de la rápida sustitución de todo, la del todo vale o todo-da-lo-mismo o la de todo-se-puede.

VII

No hay palabras en vano en estos poemas. No hay palabra o frase que esté de más, que no grave, aunque no siempre pueda uno decir cómo o por qué. No hay casi palabra o frase que no lo lleve a uno a detenerse y a plantearse «qué es eso que se dice ahí», «a qué me lleva». Y, tanto como lo que «dicen» o se supone que dicen las palabras, importa lo que tal vez estén «diciendo» sin decirlo, y lo que se vislumbra entre palabras o frases, o la pregunta por la desconcertante relación entre una frase y otra. «Palabra, la palabra poética, que hace existir lo indecible en cuanto tal», escribió José Ángel Valente, refiriéndose a la escritura de los místicos y a lo que de ella retorna en la poesía moderna. «Mostrar que hay un indecible existente es función máxima de esa palabra que pone en tensión máxima al lenguaje entre el decir y el callar. La palabra dice así lo que dice, a la vez que dice lo que calla». Dar lugar entre

las palabras a lo indecible, o convocar a lo indecible para que encuentre un lugar, siempre inexacto, siempre latente o titilante, impreciso pero vivo, en el espacio de las palabras: una tentativa que Jorge Alemán viene profundizando desde sus inicios en la poesía y a la que debe cierta descolocación respecto de «la poesía actual». En tiempos en que la poesía, o lo que se tiende a apreciar como «poesía», parece haber apostado a una reconciliación con lo que el consenso social considera comprensible y con lo que se reconoce como «realidad», pedirle a la poesía «alcanzar lo desconocido» o «inspeccionar lo invisible y oír lo inaudito», como quería Rimbaud, suena a despropósito, pero tal vez sea precisamente por eso, por lo que tiene de despropósito, que hoy tiene más razón de ser el desafío lanzado hace un siglo y medio por los fundadores de la poesía moderna.

VIII

Tanto como una alternativa de escritura o más, desde Rimbaud en adelante la poesía empezó a verse como una posibilidad-otra para el pensamiento, la posibilidad de un pensamiento-otro, para el que ya no rigen los modos conocidos de relación entre el lenguaje, el sujeto y el mundo, incluidos la relación con el tiempo, o entre distintos planos de la realidad, que tal vez haya tenido sus mayores expresiones en el peruano César Vallejo, el francés René Char y el judeo-rumano de lengua alemana Paul Celan y

que de un modo u otro, en mayor o menor medida, determinó la mayor parte de la mejor poesía del siglo XX, incluida la que a comienzos de los 70 se escribía en la Argentina, cuando Jorge Alemán publica sus primeros libros. Que hace algunas décadas haya surgido la necesidad de un acercamiento o una convergencia entre la poesía y los discursos en circulación es muy propio del ir y venir de la vida cultural, pero lo que tiene razón de existir, si de veras la tiene, suele arreglárselas para permanecer a la espera de su momento. Lejos de ser anacrónica, su modo de relacionarse con los consensos de la época es, para la poesía moderna, el desajuste, y a esa tensión, la del desajuste entre ciertas necesidades de escritura y los consensos, no hay cómo sofocarla, de un modo u otro va a encontrar cómo materializarse. Pero nada nunca se retoma como si nada hubiera ocurrido: no pertenece a ningún otro momento histórico sino a estas primeras décadas del siglo XXI el rumor oscuro que subyace en las cuarenta y ocho prosas poéticas de *Río incurable*, con lo que tiene de ausencia de horizonte y de empeñada búsqueda entre evidencias que parecen aconsejar el abandono, extrayendo de la pérdida y el desengaño hallazgos, del desenmascaramiento un contacto con lo cierto, de la memoria la brasa que nada puede apagar, del siempre imposible amor la certeza de su necesidad.

IX

Como tendiendo un puente en el tiempo, al recuperar en su segunda parte los poemas que su autor publicó entre 1970 y 1974, este libro permite apreciar hasta qué punto el horizonte de una época juega su papel. «El otro el mismo», podría decirse, con palabras de Borges: no son los textos de un aprendiz los del Alemán veinteañero, ni los de alguien que ensaya a ver cómo se hace poesía. Hay una voz reconocible, un mundo propio, una posición firme y singular ante el lenguaje y ante las relaciones entre la escritura y la vida o la sociedad, un evidente dominio de los instrumentos, y cierto personal acento al que no cuesta dar el nombre de Jorge Alemán. Pero también está el espíritu de una época, o de una generación, o de una franja importante de una generación: voluntad definitoria, palabra rebelde y candente, enérgica, con cierta aspiración visionaria, sedienta de vida sin límites y dispuesta a afrontar todo, sin importar qué o cómo. El mismo pero otro es el de los poemas de hoy: está el peso del tiempo y está el paso a otro tiempo. Hay vida vivida y vida pensada, golpes, pérdidas, vaciamientos, desembozamientos, duelos, saberes que vienen con los golpes, las pérdidas y la puesta en juego del cuerpo y la palabras. Paso del tiempo es también, en este caso, riqueza y complejidad, en cierto modo sabiduría.

X

No hay que forzar la imaginación para saber a qué alude la figura del Dragón a la que, como un San Jorge de los siglos XX y XXI, quien habla en estos poemas cuenta haberse enfrentado y a la que, pasados los años, debe volver a enfrentarse, con las únicas armas que tiene. Está ahí, omnipresente, insaciable, más que visible para cualquiera que no quiera ignorar que lo tiene ante sí, aniquilando vidas literalmente y más aun por vías no tradicionales como las que le han permitido extender hasta el infinito su poder, haciéndose carne en las vidas para reducirlas a una función sin espesor propio, intercambiable como la mercancía, lanzada a cumplir alegremente con el libreto hasta consumirse de puro consumir. Contra la programación de ese destino reverberan, como inextinguibles rescoldos de vida, los poemas de *Río incurable*.

Daniel Freidemberg



RÍO INCURABLE

A todo lo que en nosotros va más allá de nosotros

A Leonardo, un nuevo comienzo

Prescindo de aquello que se nombra con la palabra *poeta*. Es un nombre lejano. Sólo trato de escuchar y mirar las palabras que en el habla común se perciben como aristas que abren acantilados y se dejan atravesar por un río incurable de sonidos que tocan la carne del hombre y la mujer singular. Siempre es difícil escuchar lo que está escrito en el cruce de la carne y la palabra, y llevarlo a la forma del poema.

Pero lo llevo intentando desde hace mucho . Por ello, están incluidos al final de este libro los escritos entre los dieciocho y los veinticuatro años, en la grandiosa y trágica Argentina de aquél entonces. Antes del vértigo, imposible de fijar, del exilio.

Deliberadamente he utilizado en algunos poemas la acentuación del castellano del río de la Plata, y en otros casos el de la península. En ambos casos, el intento es el mismo: que el amable lector decida por el sentido o el sinsentido de lo que aquí se presenta.

CONJETURAS DEL SEGUNDO NACIMIENTO

En la pesca del Padre el Río se negaba / Las corrientes / El sol en orilla tenue / El pliego del agua / No eran amigos del Señuelo / En el anzuelo del Padre flotaba el vacío / Pesaba el cigarrillo en el tiempo del Río oscuro / Río sin el misterio de los puertos tramposos / Río del Padre pescando mientras el Hijo cae / Se derrumba en la verdad de los remolinos voraces del Río / Se enamora en la cifra del caer donde espera el tiempo de su salvación / ¿Es verdad la ausencia de peces en el marrón intraducible del Río en los ojos del Padre?

Mientras esto es el Hijo: mientras cae se entrega / Cayendo sin luz / Cayendo mientras Padre pescaba nada en la ausencia del Dorado sin línea / El fondo del Río llamaba por mi nombre / Recordaba haberme bañado siempre en el mismo Río abajo del mundo / Desde la locura de los juncos persistentes el Río pronunciaba mi verdad / Ningún paisaje es cierto frente a la muerte / Mas el Padre viene / El Padre viene y nada / En el interior de la traición en espiral de las aguas turbias / Para salvarme de los tiempos que se deleitan en las certezas prematuras / Para salvar al pequeño cuerpo encantado a una potencia ilimitada / Padre no pescaba y el Hijo que lleva mi nombre se hizo nada en el Río / Padre es Uno que nada para salvar el honor de la tarde de anzuelos / Es el Río del niño insomne que es salvado de su

cuerpo roto / Y algo sube con mi Padre al borde
sin orillas / Algo que me nombra sube con Él / En
el salvamento de la timidez de la carne / Y se ve
escrito en el puente *Luche y Vuelve* / Lucha y vuelve
que quiero que Madre eterna te cante en el exilio /
Lucha que vuelve el tiempo que nos redime de
una vida sin apuesta / Lucha que vuelve el tiempo
donde el justo sabe dónde encontrar al canalla / Se
replegaba el Río guardando para siempre los peces /
Se replegaba queriendo llegar a otro tiempo / Y
Padre estaba en el vértice sagrado del pescador que
no se distrae / No se distrae de mi cuerpo fraguado
en un linaje de mujeres locas / Silban en la marea
del Río los peces ausentes / Silban los prófugos de
la costanera en sus pájaros / Silba el Padre / Silba
el Hijo / Silban el estupor y la vergüenza de las dos
edades / En las Conjeturas incurables alcanzadas
por el Hijo en el segundo nacimiento.

I

Y entonces vio que ese viento obstinado que
sacudía la falsedad de los parques / que hacia
temblar los vestidos en los ojos perdidos / que
movía a los cuerpos hacia el fondo oscuro de los
trabajos / que rozaba la cintura de las mujeres sin
rumbo / que trazaba una línea / en la frente de
los asesinos / ese viento anónimo / impersonal /
anterior a toda la carne del mundo / sin nombre y sin
verdad / lo invocaba una y otra vez / desconociendo
su nombre. No hay que pensar en el amor / dijo
sin saber / volviendo solo / sin mirar

II

Ahora que se fueron las amantes / los marinos
insomnes / ya cayeron las luces sobre los fuegos
hirientes / y se agotaron los puertos y los poemas /
y las ciudades secretas / y tu pequeña voz dando
el tono del día / ahora que mis recuerdos son brasa
abandonada en las fronteras del sueño / ahora que
no estás / y sólo queda el cuerpo que resta al dolor
tu existencia del tiempo / ahora que no te llamo
nunca / ahora que sós la palabra impronunciable /
río y me río con vos / de todo aquello que entre
nosotros / jamás hubiera hecho obra para los otros /
y eso que en nuestra ruta insignificante / eras la luz
anterior a la insurrección

III

Ayer vi tu cintura sedienta abrazada a tu amante del tango / no me importó / la música me gustaba / también vi como mi deseo de justicia se extinguía con júbilo / pero el bandoneón te hizo girar los ojos hacia mi / y supe que estaba loco desde hace tiempo pensando en la cifra del desengaño

IV

Ella besa a un hombre con ojos desconocidos / en la
costanera sur sobre el río que no sabe nada / de la
apuesta / de lo sagrado que mora entre sus juncos
pensantes / la voz insiste / hay un mate argentino
y suena una cumbia de amor violento / y un niño es
mirado por las plantas que flotan. / Por un instante
sabe que no tiene inocencia que alcance / quisiera
jugar con las corrientes insomnes del agua dulce /
pero no puede / la luna lo detiene / y le anticipa el
dolor que entre hombres y mujeres crece cómo un
remolino asustado y sinsentido